

LOS HIJOS DE LOS POBRES. LA IMAGEN DE LA INFANCIA DESDE EL SIGLO XVII *

Hugh Cunningham

Introducción

"Así como los hijos de los ricos reciben en general una educación que les permite estar bien preparados para usufructuar de las mejores oportunidades de la vida, del mismo modo, los hijos de los pobres... no están generalmente educados de este modo, pues se crían en la servidumbre de las clases bajas". Isaac Watts "An essay towards the encouragement of Charity Schools (1728).

"Gracias a la nueva moda del cabello corto y a los nuevos negocios populares con buena ropa y calzado, el niño pobre casi no se distingue del rico, excepto en su lenguaje". **Sylvia Lynd**, "English Children" (1942).

En este libro espero explicar cómo las diferencias entre los hijos de los ricos y los hijos de los pobres que en los siglos XVII y XVIII fueron realzadas y celebradas, comienzan luego a ser lamentadas; y cómo este cambio lleva a pensar que todos los niños tienen el derecho a gozar de las experiencias "propias de la infancia".

En la segunda mitad del siglo XX la historia de la infancia comenzó a vivir una situación de extraordinaria fluidez. En la década de 1960, el libro de Philippe Ariès "Centuries of Childhood", marcó un rumbo. Ariès señala la emergencia del concepto de infancia que según su punto de vista no existía en la Edad Media. En los años 70, algunos escritores, analizaron más que Ariès mismo, la conducta de los adultos con respecto a los niños y concordaron con él en que la historia de la infancia fue sobre todo una historia del cambio. En la más famosa o extravagante articulación de esta interpretación, Lloyd de Mause argumenta que "cuanto más retrocedemos en la historia más bajo es el nivel de la atención al niño y más probablemente hallaremos niños asesinados, abandonados, golpeados, aterrorizados y abusados sexualmente". En una visión histórica evolutiva, los estudiosos del tema apuntan al siglo XVIII como un período en el que las actitudes y el trato de los adultos hacia los niños se acerca a lo que se considera una norma moderna.

En la década de 1980 este cuerpo de conocimientos fue criticado ampliamente. Se argumentó que la historia de las relaciones entre padres e hijos no fueron marcadas por un cambio dramático sino por pequeños cambios o por ningún cambio al fin; los padres, a lo largo y a lo ancho, siempre amaron a sus hijos. La familia fue una constante en la historia, capaz de defenderse a sí misma, en su forma nuclear, contra la intrusión de la iglesia y del Estado. Ariès fue acusado de ignorar ciertas evidencias que arrojarían dudas sobre su afirmación de la no existencia del concepto de infancia en la Edad Media y por su método para analizar la historia. El trabajo de otros estudiosos del tema fue objeto de severas críticas: por sacar evidencias de una pequeña muestra de población, por estar descontextualizado, se ganaron "el epíteto de chapuceros". En este nuevo énfasis sobre la práctica real más que sobre lo que la gente piensa acerca de los niños, las evidencias cotidianas y autobiográficas, así como los deseos, parecerían mostrar que

en la historia de las relaciones entre padres e hijos, los cambios sólo ocurren en un margen.

Desde fines de la década del 80, por otra parte, la opinión consensual parecería ser de que la infancia realmente no tiene historia, pues nada ha cambiado nunca. Esta conclusión se basa, sin embargo, en sólo un aspecto de la historia de la infancia: en la forma en que los padres tratan a sus propios hijos. El interés de Ariès radica fundamentalmente en algo diferente: la concepción de la infancia. Y ya hay signos que revelan una vuelta a ese interés. Asimismo hay un nuevo énfasis en la noción de cambio, no de la forma esquemática y exagerada que se popularizó en los años 70, pero cambio al fin. Esto es así en los estudios recientes sobre el mundo antiguo y medieval y más aún el tema de la infancia en nuestro tiempo. El presente libro se ubica dentro de esta tradición. No se ocupa en demostrar cómo los padres trataron a sus hijos, sino que, deliberadamente extrae sus evidencias de los cronistas que relataron cómo "los hijos de los pobres" fueron tratados y cómo debieron conducirse, y busca extrapolar de allí, los conceptos subyacentes de infancia.

No se puede argumentar que a este nivel no hubo cambios desde fines del siglo XVII. En los inicios del período, los niños de los pobres fueron vistos como necesaria y convenientemente diferentes a los otros niños, aunque en el siglo XX se deploran esas diferencias. La infancia de los pobres en el siglo XVII y más aún en el XVIII, fue percibida como un tiempo de adaptación a los hábitos de trabajo. Incluía cierta escolaridad, pero ésta estaba supeditada a la función de preparar al niño para su predestinada vida de futuro. Más aún, era asumido que los hijos de los pobres constituían un valor económico para sus padres. Esta opinión permaneció incambiada hasta el siglo XIX y sólo en el siglo XX se aceptó que los hijos de todas las clases son un gasto más que una ventaja económica para sus familias. Consecuentemente con este cambio, los cronistas comienzan a argüir que los hijos de los pobres tienen derecho a una experiencia de la infancia que debe ser universalmente accesible. La infancia es cada vez más percibida como una etapa determinada de la vida con su propia dinámica y su propia cultura y posee -y esto es lo que hace urgente el tema- el poder de moldear y determinar la vida del adulto.

Este nuevo papel privilegiado de la niñez implicó más que una separación perceptible entre niños y adultos. Desde la época de los poetas románticos en adelante, fue frecuente aceptar la infancia como un reservorio de herencias y atributos que se perdían o entorpecían en la edad adulta. Cuanto más la sociedad de los adultos se mostraba fría, urbanizada y alienada, más la infancia era vista como un jardín que encerraba en la seguridad de sus muros, un modo de vida que se correspondía con la naturaleza y que preservaba las rudas virtudes de los primeros períodos de la historia de la humanidad. Algunos, como Dickens, desearon que esta vida de niño y estas virtudes se mantuvieran vivas en el adulto. Otros, más tarde, como por ejemplo J. M. Barrie, experimentaban un profundo sentido de pérdida; querían recapturar su propia infancia imponiendo su imaginaria visión en otros niños. En ambos casos, la polaridad entre el niño y el adulto estaba implícita y añorada; el niño era el "otro" del cual se crecía.

Pero ¿qué pasó con los "hijos de los pobres" cuando tuvieron derecho a un tipo de niñez que había sido construida para los de la clase media? Eso no ocurrió de forma simple o lineal. Hubo enormes obstáculos, muchos de ellos se reflejaron en la frase "los hijos de los pobres"; ella resonó durante tres siglos de discurso reformista y filantrópico,

indicando siempre la distancia de estos niños de los otros niños. El cambio fue que esa distancia empezó a ser incómoda. "Hijos de los pobres" puede parecer una simple descripción de una parte de la población, pero en los hechos siempre evocó un elemento retórico. Su uso implicó el presupuesto de que tanto escritores como lectores estuvieran de acuerdo con la existencia de los "pobres" y de sus "hijos". Además, la invocación "los hijos de los pobres" servía para incitar el miedo o la simpatía. El miedo residía en que estos niños presentados como desordenados y sucios, fueran una amenaza para el futuro de la raza si no se hacía algo por ellos. La simpatía podía ser invocada si la condición de los niños de los pobres era percibida como una negación de lo que se pensaba que debía ser, propiamente, la niñez.

Los historiadores subrayaron el alcance que frente a las interacciones de la sociedad inglesa del siglo XVIII, tenía la aceptación de un status preciso de cada quien dentro de una jerarquía con un infinito número de gradaciones. Así, en los trabajos de los cronistas de este siglo, los "pobres" tenían una identidad definida, que constituía la mayoría de la población y que contrastaba con la de los "ricos" o "bien nacidos". Por eso, Isaac Watts en el epígrafe de este capítulo, respondía al ataque de Bernard Mandeville en el sentido de que los hijos de los pobres accedieran a cierta escolarización, pues Mandeville creía que un deseable nivel de movilidad social debía darse en "el normal curso de las cosas": "Como alguno de los Ricos puede devenir Pobre, así también algún Pobre puede llegar a ser Rico". Ningún escritor tenía la menor dificultad en identificar a "los hijos de los pobres"; sólo diferían acerca de las políticas que se podían adoptar hacia ellos y en estas políticas existía un consenso latente de que ningún estado ni filantropía, permitiría llevar a los hijos de los pobres a un status más elevado.

Esta confianza del siglo XVIII en que los pobres y sus hijos constituyeran un grupo social identificable e indiferenciado, comenzó a desvanecerse en los inicios del siglo XIX. Por último se reconocía que podían existir diferencias entre lo rural y lo urbano, y entre la agricultura y la manufactura. Los niños rurales y agricultores de los pobres ocupaban todavía un lugar y constituían aún un problema, pero concitaron menos atención que aquellos que vivían en un contexto urbano e industrial.

Hasta más de la mitad del siglo XIX el discurso sobre los niños de los pobres fue un discurso sobre los niños trabajadores, los deshollinadores y los que trabajaban en talleres, fábricas y minas. En estos ámbitos surgieron discusiones fundamentales acerca de la naturaleza de la infancia y se comenzó a pensar que todos los niños tenían ciertos derechos.

Fue en parte una extensión de este discurso, la que llevó la atención, a mediados del siglo, hacia otro segmento de los niños de los pobres: "los niños de la calle". Niños que parecían ganar su sustento, y quizás vivir, simplemente, en la calle. Estos niños inicialmente fueron vistos como un peligro, como "salvajes" que podían subvertir la estabilidad de la civilización de mediados de la era victoriana. Pero también causaron lástima, fueron vistos como "abandonados y perdidos" o "pillos" en necesidad de ser rescatados para que pudieran vivir su infancia; poseyendo, al mismo tiempo, la belleza, la fragilidad y la libertad frente a las convenciones sociales que hicieron de ellos un pintoresco dibujo de la escena urbana.

El Estado no podía permitirse el lujo de mantener estas imágenes. Los niños son el futuro de la sociedad y ningún Estado responsable puede ser prescindente de su futuro. Los niños del Estado fueron inicialmente aquellos de los que se encargó la Ley de Pobres, al igual que "los hijos de los pobres" -la frase supone una conveniente elasticidad y puede ser ampliada para incluir en ella a todos aquellos niños cuyas vidas el Estado, en cierta forma controla-: los niños que trabajan, ahora regulados por las Actas Industriales; los niños que bajo la última legislación del siglo XIX asistían compulsivamente a la escuela y los niños en cuyo nombre la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad con los Niños, promovía una legislación para prevenir la crueldad y el abandono en el hogar. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando las reformas sociales y el futuro de la nación y del imperio se entrelazaban inexorablemente, los niños de los pobres fueron un inevitable centro de atención. La insistencia del Estado en la importancia de la infancia ayudó a acortar la distancia entre los niños de los pobres y los otros niños.

Los desarrollos que he esbozado del período entre el siglo XVIII y el XX, son, a su manera, cabalmente conocidos.

Sin embargo, como indicaré en el capítulo 2, han constituido en la historia de Inglaterra, una "historia" que contiene el mismo tipo de status mítico que los cuentos del Rey Alfredo o de Enrique VIII y sus mujeres. La historia es contada en pasado y lo que impacta al escucharla es la impresión de cuán distantes de la "infancia" están esos niños víctimas. La recuperación de la infancia de estos niños, en esta suerte de historia fabulada, se cierra, de forma muy poco complicada, con la filantropía heroica. En los hechos, angostar la distancia entre "los hijos de los pobres" y la "niñez" fue mucho más azaroso de lo que estas "historias" pretenden, pues para los hijos de los pobres existía una doble distancia con aquellos que decían hablar en su nombre. A la polaridad entre niños y adultos había que sumar una profunda grieta en el espacio social -que hasta tenía su expresión geográfica- pues los niños de los pobres eran cada vez más "los niños de los suburbios". Los cronistas, fueran etiquetados como "reaccionarios" o "progresistas", debieron, primero en su mentalidad y luego en sus escritos, negociar este doble distanciamiento. Pero fue la magnitud de la distancia lo que los impactó. En su lenguaje esbozaron analogías con "otros" más distantes aún de su propia niñez; debieron recurrir al mundo fuera de Europa, a esclavos, salvajes, árabes u hotentotes o al mundo animal, a potros, monos, langostas y ratas. Este período al que nos estamos refiriendo fue el mismo en que los ingleses estaban profundamente dedicados a ejercer su dominación en otras partes del globo y a repensar las relaciones entre los humanos y los animales. Fue también, como hemos visto, un período en el que la niñez fue santificada. Empero, algunos niños de los pobres estaban tan lejos del status de santidad que, en las jerarquías de ese entonces, pasaron a ocupar una posición intermedia entre los animales superiores y los humanos inferiores. Frecuentemente eran los "salvajes", lo mismo que un "salvaje" era un "niño". La recuperación de la infancia para los hijos de los pobres nunca fue fácil y nunca completa.

Las analogías entre los niños y los salvajes no existieron en un vacío social y político y es el propósito de este libro establecer las relaciones tan precisamente como se pueda, en cada contexto particular. Dicho de otro modo: identificar los discursos sobre la infancia y las relaciones de poder que ellos sintetizan. En parte esto implica examinar las condiciones materiales en las que los hijos de los pobres viven y las políticas adoptadas para ellos. Es estrictamente una tarea secundaria, aunque necesaria para su

elucidación. Lo principal es ver la forma en que los cronistas imaginaron y representaron a los hijos de los pobres y el ideal de infancia con el que los contrastaron. Estas representaciones fueron un ingrediente crucial en la formulación de las políticas públicas y en la creación y funcionamiento de las organizaciones voluntarias. Más aún, la imagen de la infancia de los pobres añade un elemento esencial de dualidad a las concepciones de la infancia en su conjunto. Por una parte, heredamos de este período, la concepción de la infancia como una etapa feliz y libre, aunque protegida y dependiente; por otra, en el caso de los niños de los pobres, los niños son representados como explotados a la vez que independientes, esclavos y salvajes. Si la infancia es más una construcción que un dato de la naturaleza, entonces es saludable examinar la forma en que ambos términos: la explotación de los niños y la percepción de la amenaza que ellos representan, son incorporados a esta construcción.

La construcción de la infancia es, por supuesto, un proceso continuo: el concepto "infancia" no es fijo y constante. Pero entre las postrimerías del siglo XVII y la mitad del siglo XX ocurrieron los mayores y más irreversibles cambios en la imagen de la infancia, en el sentido de que todos los niños del mundo son ahora pensados como acreedores a ciertos principios y derechos comunes a la infancia. A menudo no los alcanzan, pero no tenemos dudas de la importancia de los llamados hechos en su defensa. Hasta ahora, en Inglaterra, el proceso que originó estas demandas fue conocido como "una historia", confío que con este libro se comience a verlo como historia.

La reacción ante el trabajo infantil. 1780 - 1850

Puede no estar de acuerdo con lo sucedido con su noble amigo; quizás sea la consecuencia de haber sacrificado a los hijos de los pobres para preservar las chimeneas de los ricos. (H. S. Bennet en respuesta a Lord Milton que quería postergar un proyecto de ley que impedía el trabajo de los niños deshollinadores.(Debates parlamentarios en Hansard; 18 de febrero de 1818).

"Cuánto tiempo", dijeron, "cuánto tiempo, Oh! cruel nación,/ esperarás para remover el mundo por el corazón de un niño,-/ Sofocada con una malla infernal su palpitación,/ Y continuarás tu paso hacia tu trono en medio del mercado?/ Nuestra sangre lo salpica, Oh! montaña de oro,/ Y su rojo muestra tu senda!/ Pero los sollozos de un niño en el silencio maldicen/ más profundo que el duro hombre en su ira".

"El grito de los niños" Elizabeth Barret Browning.

Durante todo el siglo XVIII, la tendencia a hacer trabajar a los hijos de los pobres fue dominante. Pero esto se modificó, como hemos visto, al tomar conciencia sobre el destino de los aprendices parroquiales y por cierta preocupación porque el trabajo que los niños realizaran fuera "apropiado a su fuerza y capacidad". Pero estas inquietudes surgieron siempre en el marco de proyectos para suministrarles trabajo. Hubo, ciertamente, opiniones enfrentadas, como las críticas de Defoe a comienzos del siglo, dirigidas, en verdad, a las Escuelas Industriales, intentando demostrar que los resultados de tales proyectos eran innecesarios y dañinos; pero estas críticas objetaban más la forma y no tanto el hecho de que los niños trabajaran, favorecían en última instancia el mercado libre de trabajo, sin impedimentos. Hacia fines del siglo, sin embargo, comenzaron a ser percibidas nuevas actitudes frente al trabajo infantil. Los niños deshollinadores y los aprendices parroquiales de las hilanderías de algodón se

convirtieron en centro de interés y en él se articularon tanto argumentos utilitarios como sentimentales, inextricablemente mezclados. Estas formas de trabajo infantil fueron vistas como dañinas para el físico y la moral del niño y con lamentables consecuencias para la sociedad en su conjunto. Por añadidura, fueron pintadas como una ofensa contra la verdadera naturaleza de la infancia. A comienzos del siglo XIX esta inquietud se extendió al llamado trabajo "libre" de los niños en las hilanderías de algodón, y condujo a intensos debates sobre la conveniencia y factibilidad de controlar el mercado laboral. Las máquinas podían ser diseñadas para ser operadas por niños, y como los niños conformaban una mano de obra más barata, los industriales tendrían así incentivos al emplear niños y no adultos. Si esto ocurría, argumentaban los críticos, "el orden natural" podía ser subvertido y los niños trabajarían mientras sus padres permanecerían ociosos.

El niño trabajador empezó a ser visto como víctima y como esclavo, una imagen que perduró hasta el presente. Hacia 1830, la revolución que se produjo en el pensamiento de algunos acerca del trabajo infantil, fue capturada en un verso de Samuel Roberts, uno de los líderes de las campañas en defensa de los niños deshollinadores: "Un niño fatigado nos hace sentir siempre tristes". Un sentimiento de este tipo hubiera sido ininteligible para Defoe y sus contemporáneos. Este profundo cambio de actitud no puede ser explicado simplemente con el argumento de que la revolución industrial había intensificado el trabajo infantil. Para comprenderlo necesitamos considerar, además, el debate sobre la esclavitud y la libertad, y la emergencia de un concepto romántico del niño. (p. 50 y 51).

Los niños en la industria

Una apreciación similar (a la de los niños deshollinadores) de la naturaleza real de la infancia animó las primeras protestas contra el empleo de niño en las hilanderías de algodón y en las fábricas. Las objeciones se centraron en lo que se percibía como dos tipos de daño: el físico y el moral. Por una parte, se decía que aún en las mejores condiciones, el cuerpo de los niños sufriría por las largas jornadas de trabajo, a veces nocturnas, en las calurosas y sucias hilanderías; y en las peores, por los castigos y abusos físicos. Por otra parte, se producían daños morales originados en la ausencia de educación o religión y en la temprana adaptación a los hábitos adultos. Los daños morales fueron frecuentemente mirados como más nocivos que los físicos. Juntos, los dos enfoques convergían en un solo argumento utilitario: la exitosa reproducción social corría riesgos con el trabajo prematuro. De las hilanderías de algodón emergerían hombres débiles y raquíticos, ineptos para el trabajo futuro, y mujeres cuyos cuerpos no podrían concebir niños sanos, propensas a una actitud negligente hacia su preparación como amas de casa. Estos argumentos implicaban que había una forma correcta de criar a los hijos, aquella que respetaba su desarrollo físico y moral, y que reconocía que la infancia tenía sus características propias.

En un inicio las críticas se centraron en los perjuicios físicos y surgieron de la profesión médica. Un brote de fiebre en los lugares de trabajo, en Radcliffe, en 1784, condujo a los magistrados de Lancashire, a proponer al Dr. Percival y otros médicos una investigación. En su informe se refirieron a "la lesión hecha a los jóvenes por el confinamiento y las largas jornadas de trabajo", recomendaron que especialmente para aquellos menores de 14 años, "la recreación en la niñez y la juventud era necesaria para su crecimiento, su vigor y la correcta conformación del cuerpo humano". Ya existía, por otra parte, la incuestionable certeza de que en una sociedad ordenada, los niños y

jóvenes debían tener sus propias "actividades recreativas". El informe de 1784 indujo a la justicia de Manchester a rechazar que se contratara en las hilanderías de algodón o cualquier otro empleo, a niños a los que se obligara a trabajar de noche o por más de 10 horas diarias. Esto no impidió que se desataran otras epidemias en 1795, ante lo cual Percival y otros constituyeron la Comisión de Salud de Manchester y presionaron porque se legislara en la materia. Su iniciativa encendió una conmoción a nivel nacional, entre otras cosas, porque muchos de los niños provenían de los reformatorios de Londres.

John Aikin, también médico, un Unitario, y amigo de Percival, fue el primero en dar amplia publicidad a los datos consecuentes del empleo de "niños de muy tierna edad". En 1795, después de descubrir el nocivo entorno físico de las hilanderías, agregaba:

"Es tanto más cuestionable si la sociedad no admite el detrimento causado por la forma en que los niños son empleados en sus cortos años. Generalmente no son lo suficientemente fuertes o capaces para proseguir en otro tipo de trabajo cuando termina su tiempo de aprendizaje. Las mujeres no saben nada de costura, tejido y otras labores domésticas, necesarias para ser buenas y frugales esposas y madres. Es una gran desventaja para ellas y su entorno, como surge tristemente de la comparación entre las familias de los trabajadores agrícolas y las de los obreros de las manufacturas en general. Entre los primeros encontramos aseo, limpieza y confort, en los segundos, suciedad, andrajos y pobreza, aunque sus ingresos pueden llegar a duplicar los de los agricultores. Debe aún añadirse que la falta de instrucción y el ejemplo religioso y las numerosas e indiscriminadas uniones que se dan en esos edificios son muy desventajosas para su futura conducta en la vida".

Este texto es una muestra de los argumentos utilitarios acerca de los efectos del trabajo infantil en las hilanderías. Los puntos de vista de Aikin serán repetidos y reelaborados durante medio siglo más. Inmediatamente fueron retomados por Sir F. M. Eden quien se preguntaba si este tipo de manufactura "agregará algo esencial a la felicidad de los individuos o de la nación". Eden no era enemigo de que se adquiriera a una edad temprana, "hábitos de laboriosidad y perseverancia", pero señalaba que "es generalmente admitido que la ejecución intensa de cualquier tipo de trabajo físico es particularmente perjudicial para los niños: sus cuerpos, en la etapa de desarrollo, requieren mucho más aire y ejercicio que el de aquellos que están en una edad más avanzada". Una vez más se caracterizaba a la infancia como una etapa con requerimientos especiales. "La infancia y la juventud" expresaba un escritor en *Monthly Magazine*, de octubre de 1797, "son la estación propicia para estimular tanto el cuerpo como la mente a desarrollarse". Si a los niños se les ponía a trabajar en los talleres desde muy temprana edad, "¿qué pasaría con su capacidad corporal que en este importante período de la vida debe conservarse en toda su plenitud?"

Eden argumentó que los talleres eran en sus consecuencias similares a los hospicios parroquiales y a los reformatorios. Los defensores de estos últimos respondieron sumándose a la corriente de opinión crítica a los talleres. Si existía demanda de trabajo infantil en las industrias se podía argüir que los programas de entrenamiento, tales como los de las escuelas Industriales, eran innecesarios; los promotores de éstas replicaban que ellos ofrecían una forma de entrenamiento infinitamente superior a la de las manufacturas. Ya en 1782, la Sra. Cappe y sus asociadas en York, se vieron inducidas a establecer una escuela de tejeduría, en parte porque se sentían tan "penosamente

impresionadas por el comportamiento de un grupo de niños empleados en una fábrica de Hemp, en su vecindad, conmoviéndose profundamente de su ignorancia y de los innumerables perjuicios a los que estaban expuestas, particularmente, las jóvenes". La Sra. Trimmer observó francamente que en las grandes manufacturas "ocurre frecuentemente que se sacrifica la salud y la moral ... por ventajas económicas". Los niños aprendían un solo oficio, que no les serviría cuando adultos. Y en un emotivo pasaje que sonaba extraño proviniendo de una austera defensora del orden, la Sra. Trimmer lamentaba el destino de los niños en los talleres:

"No puedo dejar de pensar en los pequeños que trabajan en las fábricas sin la menor conmiseración. Es imposible ver esos semblantes en los cuales para su corto tiempo de vida, las rosas de la salud debieran florecer, pálidos y sudorosos - sus piernas que debieran ser fuertes, robustas y activas, encogidas en su crecimiento o deformadas por permanecer en una sola posición; u oír sus lenguas pronunciando juramentos y un lenguaje profano, cuando debiera haberseles enseñado las palabras de la piedad y la virtud".

Este pasaje había sido en parte inducido con el propósito de defender el papel de las Escuelas Industriales, pero constituye un poderoso voto en favor de las críticas a los talleres. La aislada voz de la Sra. Trimmer fue pronto secundada por la voz colectiva de la Sociedad para el Mejoramiento de las Condiciones de los Pobres. Esto surgió a raíz del Acta por la Salud y Moral de los Aprendices, en 1802 y por un pedido para revocarla de William Hey, quien después de una investigación en un taller cercano a Burley, escribió: "podemos considerar a los establecimientos de este tipo como los mejores seminarios para los hijos de los pobres, podemos albergar la esperanza de que un cuidado similar se pueda tomar para su educación en cada lugar en que un número tan vasto de niños esté reunido". La Sociedad designó un Comité Especial para investigar. En su informe crítico se dibuja una analogía con las sociedades primitivas, en el intento de demostrar la inhumanidad del trabajo nocturno para los niños:

"Si nosotros hemos leído en la historia de algunas zonas de Asia o de África, relatos acerca de niños de 7 a 12 años, o de 8 a 13 años que estaban condenados a un trabajo incesante cada noche, sin la natural alegría de ver comenzar el día, sin algunos minutos de tregua para su comida y (durante el invierno, medio año por lo menos) sin siquiera media hora de descanso que es confortable para la edad adulta, pero esencial para los jóvenes, -no deberíamos estremecernos ante una atenta lectura de esto?"

La Sociedad se mantuvo vigilante de la aplicación del Acta de 1802. Sir Thomas Bernard, la principal figura de la Sociedad y un infatigable abogado de la educación y del trabajo para los niños, no podía sentirse reconciliado consigo mismo imaginando el trabajo en los talleres porque "La melancólica situación de cientos de niños engendrados en el vicio y la enfermedad, aminoran siempre el placer que debería sentir al ver nuestra industria".

El argumento utilitario de que el control del trabajo de los niños era necesario en el interés de la reproducción de la sociedad, se vio invadido por un matiz sentimental y las dos visiones estaban inextricablemente confundidas en la séptima de las "Cartas de la prisión" de J.C. Lettsom, publicadas en Gentleman's Magazine, en 1904. Lettsom fue un doctor y un filántropo con amplios intereses. De joven, en 1767, emancipó a los esclavos de sus propiedades en las Américas. En 1788, se esperaba que él y J. Howard,

el reformador de las cárceles, "tan generosos con sus talentos como con sus riquezas", abrazaran la causa de los niños deshollinadores. La pintura de Lettsom de las hilanderías de algodón como cárceles fue sobrecogedora pues los niños vistos como reclusos suscitaban su patriótico horror. Para la experiencia de Lettsom: "Ante la sola vista y presencia de niños pequeños, todo tierno sentimiento que ablanda el corazón, se vuelca hacia la simpatía y llama a la acción". En las hilanderías sin embargo:

"La juventud, por la impropia división del trabajo, tiene restringido su natural crecimiento y los órganos de los que depende su salud están obstruidos y se enferman. Si la vida es dañada en la pubertad, los vicios se incrementan, multiplicándose; sin educación, religión o moral, ¿qué límites quedan para detener las más peligrosas y desgraciadas propensiones? Si el casamiento debiera anteponerse a la prostitución, cuál puede ser el resultado de una debilitada o viciada estirpe, sino un frágil y enfermo vástago! Pues el vigor masculino y la prolífica constitución de la mujer, de los cuales dependen la salud, felicidad y bienestar de la generación siguiente, están permanentemente pervertidos y el vigor físico del carácter inglés queda así innecesariamente socavado por el imprudente trabajo infantil".

Lettsom emplea en este párrafo un tipo de argumento sólo visto antes en Hanway. Otros habían reconocido que la infancia era un estado especial en el cual el desarrollo de la salud física y moral sólo era dable en ciertas condiciones; y si estas condiciones no estaban dadas, la sociedad sufriría por ello. Lettsom agrega a esto su propia visión "ante la sola vista y presencia de niños pequeños" y la aplica a los niños en las hilanderías. Es un llamado tanto a la inteligencia como al corazón, tanto al intelecto como a las emociones. El invita a los lectores que piensen a estos trabajadores como niños, del mismo tipo y con las mismas necesidades de los niños que los rodean en sus propias familias. Si los niños de todos los estamentos sociales fueron percibidos como esencialmente iguales, entonces el camino estaría abierto para enfrentar no sólo el trabajo infantil en las hilanderías de algodón sino el trabajo infantil de cualquier tipo.

Para la época en que Lettsom escribía esto, la discusión sobre el trabajo infantil había superado el tema de los aprendices parroquiales. Peel observaba que el Acta sobre la Salud y Moral de los Aprendices de 1802, trataba en un primer momento de los aprendices de las parroquias, pero que en los debates acerca del tema, algunos expositores habían querido ampliar el alcance de las disposiciones de modo que abarcaran no sólo a los aprendices sino también a los "niños como trabajadores libres". La frase "trabajadores libres" implicaba una situación en la cual el trabajador era capaz de negociar un contrato con el empleador. Si el trabajo infantil podía ser denominado "trabajo libre", entonces, bajo los principios del *laissez-faire* dominantes, no tenía sentido la intervención legislativa. Pero pocos, sin embargo, aún aquellos contrarios a la legislación, podían sostener que un niño era capaz de negociar un contrato. De ahí que en los primeros años del siglo XIX, el trabajo de los niños que no eran aprendices, comenzó a ser visto como una forma particular de trabajo.

Los debates sobre este tema vieron la luz en 1802. Wilberforce que veía el proyecto de Peel como "de primera importancia", confiaba que "en lugar de quedar confinado a los aprendices en las hilanderías de algodón, pudiera incluir otros talleres y otros niños". Según su conocimiento, había 40 talleres cerca de Manchester en los cuales había pocos o ningún aprendiz y en todo Yorkshire los aprendices eran muy pocos en proporción a la cantidad de niños empleados. Peel no era en principio contrario a esto, pero

rápido lo fue, proclamando que era inaplicable, que existían talleres en los cuales el trabajo nocturno era esencial. Se notaba claramente irritado con "Estos señores ... que ahora se sienten portavoces de la causa de la humanidad y nunca antes se les había oído pronunciar una palabra sobre este tema". Hubo otros, ajenos a las filas evangélicas que temieron que un Acta circunscripta sólo a los aprendices pudiera causar más daño que bien. Como el Fiscal de la Corona señalaba: "¿No podrían los industriales emplear niños como mano de obra libre en lugar de aprendices, de forma de eludir la ley?". Charles Shaw Lefevre se manifestó de acuerdo, temiendo "que los padres avaros y los despiadados capataces podrían sentirse inducidos a contratar a los llamados niños trabajadores libres para realizar el trabajo del que gracias a este proyecto de ley, los aprendices están exonerados". Lefevre dudaba francamente que hubiera más libertad en el trabajo de estos niños, aunque para él la falta de libertad debía ser adscripta a los padres y capataces más que a los empleadores.

Este tema, surgido en 1802, fue central en el prolongado debate sobre el trabajo infantil en la industria entre los años 1815 y 1819. Se reconocía que el trabajo "libre" había devenido mucho más importante que el trabajo de los aprendices, lo que condujo a resucitar el problema y la búsqueda de una solución legislativa. En estos debates, aquellos que eran contrarios a la legislación no argumentaban que el trabajo infantil era libre, pero defendieron fuertemente su objeción de principios ante cualquier interferencia en el trabajo libre. Además, hicieron hincapié en la libertad de los padres de hacer el uso que consideraran correcto del trabajo de sus hijos. En palabras de J. C. Curwen, "El objetó toda medida que pudiera indicar a los padres cuáles eran las horas en las cuales sus hijos deberían estar empleados". La libre disposición por parte de los padres sobre el trabajo de sus hijos podía funcionar como una ventaja para éstos; como Earl de Rosselyn expresaba: "hasta ahora considerándose un enemigo de los niños que son el objetivo de la propuesta investigación, se reconoce como su amigo, en tanto ellos puedan mejorar en salud, en número y confort por la libre disposición de su trabajo. Si sus horas de trabajo fueran reducidas, sus ingresos también lo serían y quedarían expuestos a la opresión de las necesidades". Más aún, si los niños fueran sobreexplotados o maltratados, esto constituiría, tanto para el Primer Ministro, Lord Liverpool como para el magistrado Lord Eldon, una ofensa encausable por el Derecho Consuetudinario.

Estos argumentos no contrarrestaron los sostenidos por los promotores de varios proyectos de Ley. Ciertamente, pusieron un punto final a las esperanzas de Sir Robert Peel en 1818 de que las horas laborables de los adultos así como las de los niños pudieran ser reducidas, pero el sentido general fue que cualquier intervención en el campo del trabajo infantil dejara intacto el principio del trabajo libre. Sir Robert Peel, por ejemplo, "no podía pensar que los niños pequeños que no tienen voluntad propia, puedan ser llamados trabajadores libres" y el Primer Ministro opinó que era "descabellado hablar de estos pobres niños como agentes libres". Algunos miembros del Parlamento fueron quizás persuadidos por los panfletos dirigidos a ellos por Coleridge, no amigo de la economía política;

"¡Trabajo 'libre'!, en qué sentido, no excesivamente sofisticado puede el trabajo de los niños, exigido por las necesidades de sus padres, 'su pobreza, pero no por su voluntad' ser llamado 'libre'? Es nuestro deber declarar en voz alta que si el trabajo fuera verdaderamente libre, el empleador podría comprar y el trabajador vender, lo que el primero no tiene derecho a comprar y el segundo no tiene derecho a disponer, es decir,

la salud, la vida y el bienestar del trabajador. Esto no le pertenece a él solo, sino también a sus amigos, sus padres, su Rey, su país y a Dios. Si el trabajo fuera en realidad libre, el contrato se aproximaría, por un lado, muy cerca del suicidio; por otro, del homicidio".

Los economistas políticos no argumentaban en realidad que el trabajo infantil fuera libre y la batalla para probar que no lo era, se ganó efectivamente en 1819. Otro panfletario decía "Sería ocioso afirmar que el trabajo de los niños menores de 16 es o puede ser llamado libre". El trabajo infantil fue reconocido como un tipo particular de trabajo eximido de las leyes generales de la economía política.

Esclavos

Si el trabajo infantil se reconocía no-libre, cómo podía llamarsele? En su forma históricamente sancionada, el trabajo infantil fue protegido por el instituto del aprendizaje, pero en la segunda década del siglo XIX el aprendizaje fue visto como una injustificada interferencia en el libre movimiento del mercado; más aún, la creciente utilización en las hilanderías de algodón de los llamados trabajadores libres en lugar de los aprendices, era un indicio de que no se retornaría al aprendizaje como solución. Por otra parte, nadie proponía en ese momento que los niños no debían trabajar, simplemente. Como el joven Peel decía: "que ellos deben trabajar y trabajar duro por su subsistencia, es un hecho innegable". En 1819, se reconocía que tanto el trabajo infantil libre, o bajo la forma de aprendizaje, pertenecía a una categoría de trabajo en la cual la protección contra cierto grado de explotación que se consideraba inhumano, sólo podía provenir de la legislación. Dos otras formas de trabajo entraron en esta misma categoría: la de los delincuentes y la de los esclavos. El reconocimiento de que el trabajo infantil no era libre hizo plausible describirlo como trabajo esclavo.

Las campañas en defensa de los niños deshollinadores, como se ha visto, establecían una analogía con el comercio de esclavos y con la esclavitud. En términos cronológicos, la preocupación por los niños deshollinadores y por la situación de los esclavos coincidieron, pero no hay dudas que el rechazo al comercio esclavo alcanzó un auge infinitamente mayor que el intento de atemperar el número de niños deshollinadores. Estos, por último, fueron beneficiarios de la preocupación por los esclavos y sería difícil pretender que los esclavos se beneficiaron de las campañas en defensa de los niños deshollinadores. La limpieza de las chimeneas puede haber alcanzado un importante rol simbólico, pero en términos económicos era residual. No se puede decir lo mismo de la industria textil: fue casi tan central para la economía como el comercio de esclavos y la esclavitud. Hacia fines del siglo XVIII, estos dos grandes intereses económicos, a juicio de los reformadores, estaban fundados en formas de trabajo que significaban una ofensa para la humanidad, incompatible con las tradiciones de la nación y probablemente, si no se remediaban, suscitarían la ira de Dios.

Las campañas para abolir ambas categorías coincidieron en el tiempo. La década de 1780 señaló el inicio del interés público por ambas; los esclavos en América y los niños en la industria. Con la parcial excepción del año 1806/7 en que fue abolida la esclavitud, la preocupación por el trabajo infantil fue tan acuciante como la cuestión de la esclavitud: más precisamente en la década de 1780, y a principios de 1790, en 1814 y los años subsiguientes, y a comienzos de 1830. La fecha de 1833 debe ser vista como la de la emancipación de los esclavos y el año de la primera y efectiva Acta Industrial. En 1802 la atención había estado focalizada mayormente en el trabajo infantil en las

hilanderías y fábricas, mientras que la cuestión de la esclavitud tenía un peso relativo; y significativamente en los debates de ese año, el lenguaje acerca de la esclavitud estuvo ausente. En forma general, entonces, se produjo la sugestiva correlación entre la cuestión del trabajo infantil y la esclavitud.

La historia de la oposición al trabajo infantil alcanzó un nivel que sólo puede ser descrito como primitivo en comparación con el de la antiesclavitud. La historiografía sobre el trabajo infantil nunca contó con el estímulo que Eric Williams, en "Capitalismo y esclavitud" (1944), aportó al estudio del movimiento antiesclavista. Williams argumentó, en esencia, que la abolición del comercio esclavo en 1807 y de la esclavitud en 1833, se debieron más a causa de las crisis de sobreproducción que a la actividad filantrópica. Debemos centrar más nuestra atención, sugería, en los intereses del capitalismo inglés que en las campañas de Wilberforce y los "Santos". El mismo argumento hubiera servido para la reforma de la industria, pero no se lo utilizó, o al menos, no con el mismo impacto, y la interpretación del fin del trabajo infantil escasamente avanzó más allá del ingenuo Whiggism, la historia permanece angostada. Por el contrario, los estudios sobre la antiesclavitud abrieron un área de un significativo y sofisticado debate histórico. En el curso de este debate, las opiniones de Williams fueron objetadas, y desde el punto de vista británico, el interés ha ziguezagueado entre la política antiesclavista, los métodos de las campañas y los representantes distritales que estaban envueltos en esto. En el Caribe, la atención se centró en la forma en que los mismos esclavos contribuyeron a su emancipación. La consecuencia fue ciertamente destronar a Wilberforce y los Evangélicos de la secta Clapham de la santificada preeminencia que gozaban antes del trabajo de Williams.

Asimismo, en una interpretación influyente, como la de David Brion Davis, las campañas antiesclavistas fueron presentadas como una fuerza que desvió la atención de las reformas domésticas. La opinión mayoritaria sin embargo, vio las luchas antiesclavistas en consonancia y como un estímulo para las reformas domésticas, atrayendo un más amplio espectro de aliados que los Santos; los Metodistas y los artesanos en particular, ocuparon a partir de ahí una importante posición antiesclavista.

Los desacuerdos sobre las implicaciones de las campañas antiesclavistas tendieron a acrecentar el significado de las mismas. Siempre tuvieron un alto nivel porque apuntaban a dos sucesos, de 1807 y 1833, y porque, en palabras de W. E. H. Lecky, estaban entre las "tres o cuatro más virtuosas y perfectas páginas de la historia de las naciones". Los futuros grupos de presión lo vieron como un ejemplo y se argumentó que los contemporáneos se inspiraron en él y aspiraron a su autoridad. De ahí que Davis señalara que hasta 1823, la antiesclavitud no sólo ayudó a "reforzar la hegemonía de los valores capitalistas", sino que también "esencialmente enseñó a muchos ingleses a reconocer formas de opresión sistemáticas que ocurrían muy cerca suyo". Igualmente, Brian Harrison sugirió que "la sensibilidad humana que despertó inicialmente con los esclavos en las Américas, se expandió gradualmente hacia las masas trabajadoras del país". Y Seymour Drescher percibía numerosas instancias de "ramificaciones de los valores libertarios del abolicionismo en las demandas domésticas"; refiriéndose a la década de 1830, argumentó que "La lucha antiesclavista fue claramente la estrella polar por la que los primeros movimientos obreros condujeron su curso ideológico ... El más reducido movimiento por la reforma industrial procuraba la simbólica autoridad del más inclusivo". La Secta Clapham había perdido su preeminencia pero la de la antiesclavitud era indiscutible.

Hay tres razones para cuestionar este status de la antiesclavitud en el marco de los movimientos de reforma. Primero, el examen de la cronología no respalda la tesis de Harrison de que la preocupación por los esclavos fue previa y que los otros grupos siguieron en ese despertar. La "sensibilidad humana" levantó simultáneamente la causa de los esclavos, de los niños deshollinadores, de los niños que trabajaban en los talleres y muchos otros grupos, por ejemplo, los presos por deudas. El hecho de que otros grupos oprimidos fueran descritos como esclavos no evidencia que la percepción de su opresión derivara de la compasión hacia los esclavos de las Américas. En segundo lugar, como hemos visto, la oposición en Inglaterra a la esclavitud precedió a la cuestión de los esclavos en las Américas; es preferible argumentar que la campaña contra el tráfico de esclavos heredó un lenguaje ya hecho y una retórica cuyas raíces subyacen en la idea que Inglaterra era fundamentalmente una tierra de libertad. Tercero, es difícil conocer qué tipo de criterio se debe usar para medir la extensión de los movimientos reformadores, pero es plausible sugerir que la agitación en las fábricas en la década de 1830, fue tan amplia como la agitación para poner fin a la esclavitud. Si estos argumentos son correctos, entonces, el enfoque debe cambiar. En vez de buscar cómo las otras campañas se beneficiaron de la antiesclavitud, se debería ir a un análisis de la dinámica de las relaciones entre antiesclavitud y estas otras campañas.

La idea de que el niño trabajador de los talleres era un esclavo, surgió mucho antes de la famosa carta de Richard Oastler, sobre la esclavitud en Yorkshire, aparecida en Leeds Mercury en 1830. Tan temprano como 1758, los inspectores de las tejedurías de Manchester, lamentaban que los aprendices "estuvieran como si hubieran sido vendidos en la peor esclavitud y la más dura servidumbre, como los Negros en las plantaciones inglesas en América". No fue sin embargo, sino hasta principios del siglo, que se hizo común pensar en los aprendices o en la población fabril como esclavos; las primeras preocupaciones, como hemos visto, se limitaron a las formas en que el trabajo en las hilanderías de algodón iba en contra del propio desarrollo físico y moral de los niños. En 1797, un escritor había sugerido que una hilandería de algodón podría ser descrita como "un depósito para blancos negros", pero debieron pasar diez años antes que esta frase fuera modificada para transformarse en una frase que recorrería una larga historia. En 1805, William Cobbett escribió sobre los "esclavos blancos" pero no en referencia a los trabajadores fabriles. Fue quizás Robert Southey en sus "Cartas desde Inglaterra", en 1807, quien por primera vez relaciona la frase con el trabajo fabril. En la persona de un noble español, le desea que su compatriota nunca sea

"brutalizado por un incesante trabajo a destajo, como los negros en América y los trabajadores manufactureros en Inglaterra! Permitamos a Inglaterra la vanagloria de abastecer a toda Europa con sus mercancías; permitamos a estos señores del mar la distinción por la cual son tan tenaces, de ser los esclavos blancos del resto del mundo y hacer para él todo el trabajo sucio".

Los "esclavos blancos" en esta primera acepción fue la totalidad de la población manufacturera, no sólo los niños. Pero después de una década el uso se hizo común. En 1818 Southey testimonió en Grey Bennet "en nombre de estos miserables niños que han sido llamados los negros esclavos blancos de Inglaterra" y el año siguiente sugirió que la fábrica modelo de Robert Owen en New Lanark, difería "más en los detalles que en la esencia, de una plantación: las personas bajo su mando parecen ser blancas y tienen por ley la libertad de abandonar el trabajo, pero mientras permanecen en él, están bajo su absoluto régimen como muchos negros esclavos".

Para esta época Southey no era el único que percibía la similitud entre la esclavitud y el trabajo fabril. El mismo Robert Owen, en 1818, argumentó que el sistema de empleo de niños en la manufactura era "peor que cualquier esclavitud del mismo grado, por la cual la raza humana se ha angustiado hasta ahora". William Wordsworth, en 1814, describía a los niños trabajadores como "un esclavo para quien la libertad no llega y no puede llegar". Samuel Coleridge bregó arduamente por un Acta en defensa de "nuestros pobres pequeños esclavos blancos, los niños de nuestras hilanderías de algodón"; y escribió de "la perversidad de un sistema que parece rivalizar en ruindad con las plantaciones esclavas en las zonas tórridas". Paralelamente a estas campañas en defensa de los niños deshollinadores, él apelaba al "glorioso precedente de la abolición del tráfico esclavo", y anotaba que las razones utilizadas en defensa del abolicionismo podían ser ahora reutilizadas con respecto a las fábricas.

También en el Parlamento la analogía con la abolición del tráfico esclavo fue usada en relación a los niños trabajadores. En palabras de Sir John Jackson, "así como la Cámara había prestado atención a la mejora de la situación de los esclavos en el exterior ... no había razón para que descuidara sus súbditos en el propio país". Tan cercanas eran las semejanzas con el tráfico esclavo que los reformadores se declaraban "interesados en compartir, con quien procure el cese de los abusos, la deshonra de aquellos que se benefician de ellos; y conjuntamente con los amigos de la emancipación africana, por tener sus mismas motivaciones y caracteres condenatorios, así como ellos lograron al final colocar bajo cierto control un tráfico que no era humano ni libre, y que aún subsiste en el mismo corazón de una país libre y feliz".

En la década de 1820 se desarrolla una campaña para abolir la esclavitud, no sólo el tráfico esclavo. Por esa misma época, más y más reformadores empezaron a imaginar a los niños de la hilanderías como esclavos. Fue inevitable que en la comparación de estas dos formas de esclavitud existiera quienes hallaban que los niños eran más brutalmente esclavizados que los negros. Pero de todos modos, aquellos que hablaban y escribían en defensa de los niños trabajadores, expresaban su respeto por los que luchaban contra la esclavitud; en los años 20 y 30 la relación fue al mismo tiempo más igualitaria y menos cordial, llegando incluso al conflicto abierto.

La opinión de Southey de que la esclavitud en las hilanderías era peor que en las Américas, comenzó a tener eco en diferentes voces. Así, en 1825, William Smith, el Unitario MP, muy alejado de los círculos conservadores de Southey, expresaba que los esclavos en las Américas trabajaban menos que los niños en Manchester y que esa esclavitud era menos destructora de la salud que el sistema fabril. Un grupo de electores distritales, bastante diferente, se expresaba a través de Richard Carlile, en 1828, cuando en el prefacio a las Memorias de Robert Blincoe, comparó favorablemente la masa de negros esclavos a la de los "esclavos-niños-blancos".

El uso polémico de la analogía con los esclavos fue, por otra parte, manifiesto antes de que Richard Oastler escribiera su carta a Leeds Mercury en setiembre de 1830. Oastler, el Rev. G. S. Bull y otros, en la primera fila de la agitación por las Diez Horas, marcaron el punto más alto en oposición a la esclavitud negra. Y luego, hicieron extensivo el tema incluyendo en él, su oposición a toda forma de esclavitud, y particularmente a aquella que les parecía más ultrajante, la esclavitud de los niños en una tierra de libertad. Desafiaron a aquellos con los que habían luchado en las campañas contra la esclavitud negra a unirse a ellos en la lucha contra la esclavitud blanca, y en

cada ocasión sugerían que ésta era peor que la primera. Oastler en particular, exponía estos argumentos con una retórica tan florida y un retrato tan emotivo que suscitaban la adhesión o el rechazo, pero no dejaban lugar para la indiferencia. "Quizás usted piense que soy muy tedioso, escribió al duque de Wellington, "y quisiera haber dicho menos acerca de estos niños. Pero no puedo pensar en ellos sin sentir que mi sangre bulle; abomino el odioso sistema que los condena a esta vida de muerte". Siempre estaba pronto para una analogía que internalizara en la mente el destino de los niños trabajadores. "Es notorio", escribió en 1833, "que la salud del negro esclavo, del delincuente adulto, del caballo, del asno, de la liebre, del conejo, de la perdiz, del faisán, del repollo y de la fresa, están protegidas por la ley, pero al mismo tiempo, los Hijos de los Pobres están desprotegidos por la ley..." Y no hesitó en comparar los dos tipos de esclavitud, por ejemplo, en su juicio sobre el Parlamento, en 1833:

"Este infame Parlamento se condele de los negros esclavos y ríe ante los sufrimientos de los pobres niños esclavos blancos! No se permiten emancipar a los niños trabajadores pues se requiere de su aniquilante trabajo para llenar el tesoro del Reino; pero se permiten emancipar a los negros esclavos y pagar por ellos 20 millones de libras obtenidas de los recursos de los pobres y explotados niños trabajadores!! Entienden que es cruel hacer trabajar más de ocho horas diarias a un negro, pero se niegan a proteger a un niño blanco que está dispuesto a trabajar diez horas por día ... Dejemos que la memoria de un Parlamento de este tipo sea execrada por cada amante de la raza humana! Será una mancha- una oscura, indeleble mancha en las páginas de la Historia Británica".

Oastler puede haber sido el más duro o extravagante de aquellos que compararon las dos formas de esclavitud, pero no fue el único en hacerlo. Nichel Sadler, por ejemplo, en la Cámara de Diputados, en 1832, sostuvo que las horas de trabajo de los esclavos habían sido reducidas por Orden Real de noviembre de 1831:

"No comparo los niños ingleses con los niños africanos, pero le pregunto a la Cámara y al gobierno de Su Majestad si no sería correcto comenzar a considerar a los niños ingleses tan preferentemente como se ha hecho con los adultos africanos. Ustedes han limitado el trabajo de los negros a nueve horas pero cuando propongo que el trabajo de los jóvenes esclavos blancos no debería exceder de diez horas, ¿por qué la propuesta es juzgada monstruosa?".

Y en la famosa elección de Leeds, en 1832, cuando Macaulay era uno de los candidatos, Bull expuso la contradicción entre la historia antiesclavista de la familia Macaulay y el apoyo del Partido Liberal a los propietarios industriales. Bull declaró que no volvería a alegar más por la causa de la libertad del negro "una causa que es muy cara a mi corazón", "a raíz de aquellos que deliran con la mención de los errores cometidos en África, pero pueden ver miles de aspectos atenuantes en la esclavitud de los niños blancos y de sus inexorables impositores, cuando 'su voto e influencia' están a su alcance".

Cuando se abrieron las sesiones del Parlamento en 1833, era evidente que la esclavitud y el trabajo infantil iban a ser dos temas claves. Sadler había sido derrotado en la elección de 1832 en Leeds, pero Ashley estaba preparado para tomar el liderazgo parlamentario. La presión sobre la legislatura fue tan fuerte que los ministros de gobierno y sus partidarios concedieron que debía establecerse un "Acta para la

reducción del trabajo infantil". Pero estaban determinados a no dar lugar a la demanda de un Acta por las Diez Horas. El proyecto de las Diez Horas, sin embargo, como T. B. Lennard expuso, proponía meramente que "ninguna persona menor de edad pueda trabajar más que los esclavos en las colonias". El contraste entre la propuesta de aprendizaje con el fin de liberar a los esclavos y las reluctantes medidas tomadas para proteger a los niños, permeó los debates de ese año. Los abolicionistas objetaron el aprendizaje, argumentando en favor de la inmediata declaración de libertad de trabajo, pues "no hay un estado intermedio entre la esclavitud y la libertad". Los reformadores de la industria argumentaron que el trabajo libre era en sí mismo esclavo. Thomas Attwood, el líder de Birmingham Political Union, confiaba que la esclavitud negra fuera rápidamente abolida, pero que "él creía que las miserias de los esclavos blancos eran diez veces superiores a las de los esclavos negros". Los portavoces de los plantadores no podían oponerse a ese punto.

Andrew Ure en 1835, declaró que sólo en Londres y en los condados agrícolas, los sindicatos textiles "habían alcanzado un gran éxito, mistificando sus engaños con románticas imágenes de la esclavitud blanca y la hecatombe de los niños sacrificados anualmente en el adornado altar de la codicia". Esto era un disparate. El lenguaje de la esclavitud blanca fue penetrante en el norte, en los primeros años de la década del 30. Más aún, hasta aproximadamente 1830, había sido predominantemente el lenguaje de las clases altas, y se estaba ahora democratizando. Los trabajadores fabriles, Georges Bull lo dice en el Comité Sadler de 1832, "se llaman a sí mismos esclavos". Las evidencias anteriores a este Comité apoyan su afirmación. "Los niños ingleses están más esclavizados que los africanos" dijo un obrero fabril en Dewsbury. O como Joseph Herbergam, un septuagenario, decía recordando su experiencia en los primeros quince años de su vida, "yo deseaba muchas veces que me enviaran a las Américas como esclavo ... Pensaba... que no había peor esclavo que aquel que trabaja en las fábricas".

Como en el caso de los niños deshollinadores, mucha de la literatura comprometida en las campañas, estaba en verso y advertía sobre el baldón en la reputación de una nación implicada en la esclavitud. Como el "Airedale" poeta, John Nicholson, decía:

"Oh Inglaterra, deja que esta odiosa verdad golpee en vivo,/ Tu soberbia ha enviado millones a la tumba!/ Arroja si deseas tus dádivas más allá del mar,/ Pero primero resuelve que los británicos puedan ser libres!"

El "filantrópico Wilberforce" luchó por liberar a los esclavos,

"Mientras los niños ingleses permanezcan tan oprimidos,/ No surgirá el remordimiento en su calloso pecho".

Sin embargo, Nicholson pronto puso su pluma al servicio de los patrones. Su facilidad con la retórica de la esclavitud mostraba la amplia disponibilidad de ésta; cualquier versificador podía tomarla. Y cuando Nicholson renegó, otros tomaron el poético desafío "Paremos algo peor que la esclavitud negra".

El Acta Industrial de 1833, a pesar de los reclamos de Oastler, redujo razonablemente la extensión de la "esclavitud infantil blanca" más de lo que había hecho el Acta de las Diez Horas: el trabajo de los niños menores de 13 años fue limitado a ocho horas diarias. Su implementación fue escalonada durante un cierto número de años, y hubo

intentos de parte de los patrones, en cierta connivencia con el gobierno, de detener su total implementación. Esto facilitó la extensión del lenguaje de la esclavitud blanca, con respecto a las fábricas textiles, más allá de los primeros años de la década del 30. Así John Fielden, en 1836, describió el intento de prevenir la implantación total del Acta de 1833 como una medida para "reesclavizar 35.867 ... niños pequeños a quienes el Parlamento les había prometido en 1833, que serían emancipados el 1° de marzo de 1836! Alerta ante el mismo peligro, Blackwood's Magazine, en julio de 1836, sostuvo que en varios talleres era todavía real que "La potencia de la producción es impiadosamente arrancada de la sangre y huesos de los niños esclavos de las fábricas por un trabajo prolongado más allá de toda facultad de resistencia humana para un término medio de vida". William Dodd, un lisiado laboral, a principios de 1840, apeló por "mis compañeros esclavos" y resaltó el contraste entre los 20 millones de libras entregados a los propietarios esclavistas y el fracaso en hacer algo por los lisiados laborales. Para Frances Trollope, en 1840, "miles de niños desvalidos" fueron reducidos "al trabajo y a la miseria, incomparablemente más severos que los causados por la esclavitud negra". Apeló por poner "fin al más atroz sistema fabril, que debería pesar más en el corazón de cada inglés cristiano que lo que el tráfico esclavo pesó".

Esta retórica de la esclavitud blanca tocó un punto álgido. Un industrial en 1832 protestó pues el gobierno "parece temblar ante el duende 'esclavitud blanca' más que ante el torvo espectro de la 'esclavitud negra'". La Westminster Review, en abril de 1833, fue tan lejos que se permitió reclamar que "el directo y visible objetivo del inventor y promotor de la Ley de Industrias, debe contraponer su Proyecto a la reforma parlamentaria, a la emancipación de los esclavos y a la supresión de las leyes sobre el trigo". La reforma industrial fue así presentada como una escaramuza de los conservadores para impedir otras reformas, un vuelo imaginativo en el periódico del Benthamismo con el cual Oastler, del otro lado, difícilmente podía competir. James McCulloch, en 1835 estaba claramente irritado por las "representaciones de las ruinosas consecuencias de lo que se ha llamado esclavitud blanca" que él atribuía al Comité Sadler. Y A. H. Greg, hablaba probablemente en nombre de muchos industriales, en 1837, cuando se lamentaba de "la general mala fe de la fraseología y afirmaciones de los enemigos del sistema. Pues se habla de todos los trabajadores de los talleres como si fueran 'niños', de todos los niños como si fueran 'débiles' o como si fueran 'niños de tierna edad'..., en tanto que los que buscan empleo son descritos como 'esclavos'".

En la década de 1830, el lenguaje de la esclavitud fue impugnado. No hubo una suave transición en la cuestión de los esclavos si éstos eran negros o si eran blancos. Sin embargo, la lucha por la emancipación de ambos coincidió en el tiempo y mientras algunos declaraban como Thomas Bailey, que "Odio la esclavitud en todas sus formas, en todos sus grados", había muchos cuyas energías y simpatías estaban con los esclavos negros o con los esclavos blancos, pero enfáticamente no con ambos. Bull por ejemplo, sabía que muchos de los que habían luchado junto a él por la emancipación de los esclavos negros, se oponían a su lucha en defensa de los esclavos blancos.

Esta bifurcación tuvo, sin embargo, corta vida. Un creciente número de gente influyente terminó aceptando que el trabajo infantil en las fábricas era, sin lugar a dudas, una forma de esclavitud. Macaulay, por ejemplo, en 1832, rechazaba la analogía entre esclavos y trabajadores adultos, pero concedía que "El caso de un niño guarda una cercana analogía al caso de un esclavo. El niño puede tener padres crueles o puede estar bajo el poder de quienes no son sus padres. Es por lo tanto justo y razonable que la ley

conceda al niño una protección similar a la que concede al esclavo". Esto, debe decirse, era una concesión cuidadosamente elaborada para circunscribir el origen de la esclavitud en la crueldad de los padres y no en el sistema industrial y en los empleadores. McCulloch, en 1851, expresó más lisa y llanamente un punto de vista similar, en referencia a las Actas Industriales de 1833 y 1844, sostuvo que "Es correcto que el Estado intervenga para proteger a aquellos que son incapaces de protegerse a sí mismos. Pero emancipándolos de la esclavitud en la cual frecuentemente se encuentran envueltos por la egoísta y viciosa conducta de sus padres, estamos realmente contribuyendo a mejorar los hábitos y condiciones de éstos últimos." Lo significativo, sin embargo, fue que economistas políticos como Macaulay y McCulloch pudieran aceptar y usar el lenguaje de la esclavitud.

No estaban solos en esto. Hacia 1840, el lenguaje de la esclavitud había permeado la administración pública. Leonard Horner, un inspector fabril, en 1840, deploró "la inhumanidad, la injusticia y la errónea política de extraer el trabajo de niños poco aptos por su edad y fuerza, sujetándolos, en la realidad, a la crudeza de la esclavitud, (pues ellos no son agentes libres)". Los investigadores de la Comisión sobre el Empleo Infantil, en 1843, utilizaron libremente el lenguaje, escribiendo sobre los "niños esclavos" en las fábricas de clavos de Stirlingshire; de la "temprana esclavitud" de los niños en las fábricas de alfombras de Kidderminster y de los jóvenes en las alfarerías de Staffordshire, "trabajando como pequeños esclavos". Como estos ejemplos muestran, el lenguaje de la esclavitud infantil se difundió más allá de los niños deshollinadores y de aquellos que trabajaban en los talleres. La esclavitud fue también visible entre los tejedores artesanales, en las minas y entre los aprendices parroquiales.

Un uso tan extensivo del lenguaje de la esclavitud fue, en un sentido, una victoria para aquellos que bregaron por el Acta de las Diez Horas en los inicios de la década de 1830. Pero fue una victoria ganada sólo cuando el lenguaje de la esclavitud dejó de ser polémico y pasó a ser universalmente utilizado. A fines de los 30 y en 1840, cada grupo que se sentía a sí mismo oprimido, asimilaba su condición a la de la esclavitud; esto incluía tanto a las mujeres como a la clase obrera en su conjunto. Había un precio a pagar por un uso tan extendido: la analogía perdió su poder de chocar y remover. Más aún, los debates acerca de la emancipación de los esclavos fueron de tal modo barnizados que los británicos empezaron a congratularse a sí mismos por sus iniciativas pasadas y por su rol presente a lo ancho del mundo. Era plausible ahora argumentar que un Estado benevolente había rescatado tanto a los esclavos negros como a los esclavos blancos dentro de sus propios dominios y estaba empeñado en una misión similar en todo el mundo. Fue para muchos, una reconfortante imagen que iba a perdurar, pero no ayudó a acercarse a la realidad de lo que había sucedido en los inicios de los años 30.

Desde ese polémico momento, sin embargo, perduró hasta nuestros días, un trasfondo que hace que los niños trabajadores sean percibidos como esclavos. El lenguaje, no obstante, perdió rápidamente su poder removedor, salvo que el escándalo lo fuera de por sí, como en el caso de la esclavitud de los niños alfareros en 1780 o de la "esclavitud blanca" de los niños prostituidos en 1880. En su aplicación al trabajo infantil, este uso se convirtió en poco más que una convención. El título de R. H. Sherard, en 1905, "Los niños esclavos de Gran Bretaña", fue simplemente una mención retórica, pues no hay nada sobre la esclavitud en su libro. El lenguaje fue neutralizado y quedó encerrado en el cuidadoso proceso de la burocracia. En 1908, Sir Henry Cunynghame, en un

memorándum interno del Ministerio del Interior sobre el sistema de medio horario, se refería hartamente a la "esclavitud en las fábricas".

En la imagen de la infancia, sin embargo, quedó algo más que un mero residuo verbal de la percepción del niño como un esclavo. Llamar a un niño esclavo trae consigo una serie de convicciones y supuestos sobre la naturaleza de la infancia y sobre el propio rol de los niños. Sería errado pensar que esto tuvo su origen en la analogía con la esclavitud pues sus caminos fueron diversos y vastos; pero de todos modos, aquellos que denominan casi invariablemente a los niños trabajadores "esclavos" como parte de su bagaje intelectual y moral, demuestran que han internalizado estas convicciones y estos supuestos. (p. 64 - 83)

* Fragmentos traducidos de: H. Cunningham, *The children of the poor*